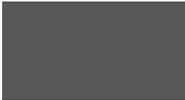

Antonio Ronda Llorca, un alteano en la Guerra de la Independencia (Altea 1776, Morella 1833)

 Luis F. MOROTE BARBERÁ_

Resum: Resum biogràfic d'un militar realista natural d'Altea, Antonio Ronda, que va passar per diferents escenaris bèl·lics de la península, abans, durant i després de la Guerra del Francès. Va estar al costat del capità general absolutista Elío, i va morir destinat a Morella.

Paraules clau: Guerra d'Independència, Altea, absolutisme

Resumen: Resumen biográfico de un militar realista natural de Altea, Antonio Ronda, que pasó por diferentes escenarios bélicos de la península, antes, durante y después de la Guerra del Francés. Estuvo al lado del capitán general absolutista Elío, y murió destinado en Morella.

Palabras clave: Guerra de Independencia, Altea, absolutismo

¡Oh si en el santo polvo a que se reduce la carne y los huesos de tantos hombres arrastrados a la muerte por el fanatismo y los rencores políticos quedase un resto de vida! ¡Cuántas íntimas reconciliaciones, cuántos tiernos reconocimientos, cuántos perdones no calentarían el seno helado de la fosa donde el insensato cuerpo nacional ha arrojado parte de sus miembros, como si le estorbasen para vivir!

Benito Pérez Galdós, El equipaje del rey José (Episodios Nacionales)

1.- Orígenes e ingreso en el ejército

En la *“Leda y verdader manifest dels vehinns y habitants de la vila de Altea pera entregar al secretari dels tres estaments del present Regne de Valencia”*, dada el 3 de octubre de 1646, aparece, con el número 60, un tal Josep Ronda, casado con Ursula Nogueroles. Huelga abundar que el dato se ha obtenido de la Carta Poble de Altea y que el apellido Ronda forma parte de aquellos que, en frase de Pere María Orts i Bosch, *“foren i feren Altea”*.⁽¹⁾

Nació Antonio Ronda Llorca el sábado 2-11-1776 y fue bautizado el siguiente día 3 por el Vicario Vicente Pérez, ejerciendo de padrinos Josep Jorro y Esperanza Berenguer. Eran sus padres Josep Ronda (escribano) y Josepha Llorca. Abuelos paternos, Pedro Ronda (Juez de Marina) y Beatriz Ripoll, naturales y vecinos de Altea. Los maternos, de Benidorm, Gregorio Llorca (labrador) y Jerónima Andreu. Fue inscrito con el 149, de un total de 175 *albats* bautizados ese año.⁽²⁾

Como consecuencia de las quintas convocadas con ocasión de la Guerra contra la Convención (1793-1795), Antonio Ronda Llorca se incorporó como soldado al tercer batallón del Regimiento de Navarra de Infantería Línea el 15-10-1795.⁽³⁾ El regimiento bajaba desde Hostalric y Villafranca del Penedés y se mudaba camino de Valencia con su segundo batallón avanzado en Benicarló y el primer y tercer batallones atrasados en el Vendrell, según los estados de fuerza del 15 y 16 de octubre, al mando del coronel Diego María Pereyras y de su segundo, el teniente coronel y sargento mayor Félix Canales, según obra en los movimientos y estancias de esta Unidad, que reflejan los estados de fuerza archivados en Simancas, correspondientes al segundo semestre de 1795: *“Se han unido 598 quintos, y todos han sido colocados en las comp. del 1º y 3º Baton. Bendrell 16 de octbe. de 1795. Felix Canales. Vº Bº Diego María Pereyras”*.⁽⁴⁾

2.- Una ácida guerra

El 18 de octubre de 1796 ascendió a cabo segundo ⁽⁵⁾ y con tal graduación participó en la toma de Olivenza y en el sitio de Campomayor con ocasión de la llamada “Guerra de las Naranjas” (1801).⁽⁶⁾

Data de tiempos inveterados la creencia que la llamada “Guerra de las Naranjas” obedece

a los egoístas deseos personales de Manuel Godoy para obtener glorias militares y que los acuerdos que le pusieron fin en Badajoz se asentaron en la prevaricación y el cohecho. La doctrina historiográfica decimonónica y buena parte de la del primer tercio del siglo XX le atribuyen a Manuel Godoy la responsabilidad de ambas cosas, compartidas con Luciano Bonaparte. Se ha presentado a Godoy como dueño de la voluntad de los reyes y amante de María Luisa, cuando no de ambos, formando un trío en cama regia. Nada de ello es cierto, cuando menos por lo que al militar y político extremeño se refiere. Cuestión distinta podría decirse de la conducta de Luciano Bonaparte en Badajoz. Desde la última postguerra civil española, historiadores mejicanos y españoles han revisado con detalle la vida o obra de Godoy, aportando nuevas e interesantes visiones sobre el personaje.⁽⁷⁾

Desde la época de Oliver Cromwell (s. XVI-XVII) se aplicaba en Inglaterra una doctrina denominada “Designio Occidental”,⁽⁸⁾ que se concretaba en acciones navales de hostigamiento contra los buques de la marina española, allá donde estuvieren, para debilitar el comercio marítimo español con América en beneficio de Inglaterra.

De otra parte, el largo enfrentamiento franco británico no dejaba ajena a la península ibérica, por su valor geopolítico. Portugal mantenía una vieja relación de amistad con Inglaterra, lo que constituía un antídoto frente a cualquier fiebre o tentación expansionista de la corona española sobre el resto de la península. Tras la Paz de Basilea (22-7-1795), que puso fin a la guerra contra la Convención francesa, el riesgo para la monarquía borbónica provenía de Inglaterra. La potencia naval británica, dada la lejanía de nuestras colonias americanas, podía constituir mayor peligro si optaba por ocupar en el centro o en el cono sur de América lo que había perdido en el norte de aquel continente. Su flota dominaba el Atlántico. Así es que al Gobierno de Carlos IV le quedaban tres caminos: aliarse con la propia Inglaterra, frente a la cercana Francia; coaligarse con ésta, ante las potenciales ambiciones de los británicos en América y en el Mediterráneo, o quedar, finalmente, en una difícil y peligrosa neutralidad armada.

Carlos IV tenía intereses dinásticos en Italia, con el matrimonio de su hija María Luisa con el príncipe heredero Luis de Parma, y en Portugal por mor del matrimonio de su hija Carlota Joaquina con el príncipe de Braganza, de modo que una alianza naval con Francia podría compensar el mayor poder naval inglés. Si a ello se sumaba que el potencial militar francés en tierra superaba notablemente al británico, la opción más aconsejable para la corona española era la alianza con Francia. Así es que a la Paz de Basilea le sucedió la firma del Tratado de San Ildefonso (18-8-1797) por los ministros Godoy y Perignon. La consiguiente declaración de guerra a Inglaterra llegó el 5 de octubre de ese mismo año. Cumpliendo lo pactado en Basilea, la diplomacia española logró acercar las posiciones entre Francia y Portugal, al punto que ambas naciones firmaron (10-8-1797) un tratado para restablecer sus relaciones comerciales y de amistad. El tratado no llegó a ser ratificado por los lusitanos, presionados por sus aliados británicos. Esta era, grosso modo expuesta, la situación que

precedió a la decisión de Napoleón de invadir Portugal y de los hechos que acontecieron en el Alemtejo durante el verano de 1801.

Esa estrategia francesa fue, pues, la primera intención de Napoleón, la primera jugada en un imaginario tablero de ajedrez. El corso era consciente del peso político de España en Italia, del potencial de la armada española (notablemente superior a la francesa) y de las fuentes de riquezas que la corona española disponía en América. Mas la estrategia no le dio resultado al cónsul francés porque los ingleses condicionaron la firma del tratado de paz a que fuera precedido de la rendición de Malta y Egipto, tras el fracaso de Ganteaume y la derrota de Canope, según sostienen André Fugier y Limpo Píriz.⁽⁹⁾ La jugada de los ingleses estrechaba los espacios de maniobra de las fichas francesas sobre el tablero y Napoleón ideó una nueva estrategia para equilibrar la partida: ensanchar el tablero. Solo faltaba hallar los peones que iniciaran la nueva jugada. Las cortes de Lisboa y Madrid se iban a convertir en esas piezas y la excusa para el siguiente movimiento de fichas la hallaba el Primer Cónsul de la República francesa en la tradicional y antigua amistad anglo-portuguesa que permitía el abrigo en los puertos lusitanos a la marina británica, de suerte que favorecía el comercio inglés en perjuicio del mercado marítimo francés y el del español con sus posesiones en América. Bonaparte forzó al Gobierno de su Católica Majestad Carlos IV de Borbón a que actuara contra sus vecinos de Portugal. Manuel Godoy aconsejó a su rey que decidiera una rápida intervención sobre suelo luso.

Las razones o necesidades de esta rápida intervención las explica Manuel Godoy en sus conocidas Memorias. “*Los motivos que yo ofrecía para obrar de este modo los diré brevemente*”.⁽¹⁰⁾ Dado que la presencia militar francesa en suelo español resultaba inevitable por razón de los pactos, Godoy pretendía, en el fondo, mantener la independencia de la política peninsular por parte de los dos reinos que la ocupaban, con mayor influencia del Reino de España, evitando en lo posible la injerencia de la potencia inglesa, la presión de la francesa y, de manera prudente e inteligente, el menor perjuicio para Portugal.

Aunque la presencia del ejército francés podía servir como elemento de presión a nuestros vecinos peninsulares, Godoy buscaba reducir la participación de la República francesa en la guerra, puesto que el Consulado proponía guardar los puertos portugueses con las armas de un ejército combinado hispano-francés. Y en esta propuesta Godoy veía dos potenciales riesgos: en primer lugar, que los ingleses participaran finalmente en la contienda contra el Ejército español sin que éste se hallare en condiciones de luchar contra ellos, y al propio tiempo tener que salvaguardar nuestras extensas costas ante la mayor potencia de fuego de la Armada británica; en segundo orden, evitar la, según Godoy, la perniciosa influencia de las tropas francesas, portadoras de los ideales laicos surgidos con la Revolución francesa, sobre el cuerpo social español.

Para salvar a la corona española de estos posibles males, Godoy le propuso a Carlos

IV anticipar la invasión de Francia, reducir cuanto antes la voluntad de Lisboa y evitar, con largos preparativos, la defensa armada por parte del ejército de Portugal.

Para ello Godoy confiaba en la experiencia, la capacidad de sorpresa y el valor del ejército español demostrado en la anterior Guerra del Rosellón o Guerra contra la Convención (en Cataluña se conocía como la Guerra Gran). Quería aplicar la misma táctica en Portugal y tenía la esperanza que la empresa de las armas inglesas en el lejano Egipto excusara su presencia en la península ibérica. Así, de modo rápido, se pondría fin a la contienda y eludiría el Gobierno de Carlos IV la estancia francesa en la península. *“Todo pende de un punto: de llegar nosotros antes y obtener de mano nuestra el objeto principal de esta demanda. No preparado Portugal a la defensa, poco importará que nosotros nos hallemos también mal dispuestos”*.⁽¹¹⁾

La segunda necesidad de esta alianza político militar franco-española (la principal para el gobierno consular francés) consistía en restarle dominio naval a los ingleses, mediante el cierre de los puertos europeos, obligándoles a un pacto de paz.

Fracasado el primero y los sucesivos intentos diplomáticos, y decidida la invasión militar de Portugal por Manuel Godoy y Carlos IV, Antonio Ronda Llorca se vio implicado en la primera de sus tres aventuras militares. Fue así como el 20-5-1801 treinta mil soldados españoles del Ejército del Centro, con apoyo de artillería, hicieron retroceder a las tropas lusas. Las guarniciones de Olivenza y Campomayor se encerraron en los fortines.

El marqués de Castelar se presentó ante las fortalezas de Jurumeña y Olivenza el mismo día de la invasión. Antonio Ronda Llorca formaba parte de las tropas encargadas del asedio de Olivenza.⁽¹²⁾ Sus ojos contemplaron los nueve baluartes íntegros y pudieron apreciar, en cambio, las deficientes obras accesorias de defensa. La artillería española bombardeó Olivenza y Antonio Ronda se dispuso al asalto por la zona más débil. Prestos a efectuarlo, Olivenza capituló ese mismo día sin derramamiento de sangre española. Ronda Llorca y sus compañeros de armas accedieron a la ciudad por la puerta de San Francisco, mientras los soldados portugueses la abandonaban por la del Calvario.

Manuel Godoy lo recordaba en sus Memorias: *“Olivenza y Jurumeña, intimidadas aquel día mismo, y dispuesto el asalto por las tropas de Castelar, prontas ya a realizarlo, capitularon una y otra”*.⁽¹³⁾ justificaba lo acertado del rápido ataque a los baluartes: *“...En Olivenza, reparados ya como se hallaban sus nueve baluartes, faltaba todavía igual reparo a sus obras accesorias. Quince días más tarde, las dos plazas podrían haber puesto mucha resistencia”*.⁽¹⁴⁾

El 21 de mayo, rendidas Olivenza y Jurumeña, el Regimiento de Navarra de Infantería de Línea pasó a la Cuarta División, bajo las órdenes de Javier Negrete. Godoy le ordenó cercar Campomayor, asediado en todos sus puntos. Sin embargo, pese al esfuerzo en batir su fortaleza, la falta de artillería de sitio, que venía retrasada desde Sevilla por causa de la peste, dejaba la tarea a las armas de infantería, lo que no se acomodaba a las reglas militares de un sitio. *“El de Campomayor, plaza también de mucha fuerza, respondió de igual modo. A ésta*

le hice poner cerco desde el día siguiente, destinada a este efecto la cuarta división, al mando de Negrete”.⁽¹⁵⁾

El cerco se alargó durante dieciséis días, y en ausencia de artillería de sitio, Antonio Ronda Llorca soportó el fuego enemigo y presencié los efectos de las veinte piezas españolas de fuego ligero, entre cañones, morteros y obuses, que efectuaron nueve mil ochocientos dieciséis disparos, incluidas las granadas.⁽¹⁶⁾ Y aunque no consiguieron abrir brechas en la muralla por las que asaltara la infantería, sí destrozaron los parapetos e incendiaron y destruyeron numerosos edificios. La defensa de Campomayor capituló el 6 de junio, junto a la de Ougüela. El 5 de julio de 1801 Carlos IV aprobó el Real Decreto sobre la paz con Portugal, que fue notificado al Consejo y Cámara, como órgano encargado de su publicación y ejecución. Unos meses más tarde, en octubre de ese año, Goya inmortalizó a Manuel Godoy, nombrado Generalísimo de las armas de Mar y Tierra, en un lienzo que, mirado con detalle, está plagado de algunos simbolismos malintencionados. Godoy se desquitó años más tarde de la maliciosa pintura del aragonés, haciéndose retratar por última vez, como si fuere un apuesto galán de sienes nevadas, junto a un naranjo florecido y una roca sobre la que hay depositado un plano de Olivenza, cuyas torres humeantes y unas tropas sitiadoras sirven de fondo al cuadro (óleo de Valdivieso que puede contemplarse en Biblioteca Nacional).

Tal vez fue esta conquista de Olivenza el mayor logro del que Manuel Godoy se enorgullecía. Carlos IV quiso regalarle ese territorio. Se negó el Príncipe de la Paz y treinta y cinco años más tarde, exiliado y escarnecido por sus detractores, escribía emocionado:

“Una sola no alcanzó a quitarme el odio acerbo de aquel príncipe (que Dios haya perdonado), y fue la gloria y el contento que para siempre me ha quedado de haber puesto de mi mano una nueva presa a la riquísima Corona, sin mancilla y sin desmedro, cual llegó a sus manos. La plaza de Olivenza, con su territorio y pueblos de aquende el Guadiana, fue una preciosa adquisición que aumentó una llave a la frontera y aumentó también el Real Tesoro, puesta en ella por aquel lado una barrera poderosa al contrabando”.⁽¹⁶⁾

El alteano Antonio Ronda Llorca contribuyó a ello.

En 1836, cuando todos los principales protagonistas de aquellos hechos habían fallecido, el Generalísimo Manuel Godoy Álvarez de Faria Ríos Sánchez y Forzosa, Príncipe de la Paz y duque de la Alcudía, justificaba su conciencia sobre las consecuencias de aquella breve guerra *“cerca ya de apagar me para siempre”*, al tiempo que se lamentaba hurgando en el arcano de su memoria y repasando los muchos y tantos beneficios que, según su criterio, la contienda había reportado. De entre todos los beneficiados es probable que los únicos que nunca llegaron a conocer su inmortal anonimato fueran los cinco bizarros soldados que, con su conducta sobre los glaciares de Elvas, le pusieron nombre a la guerra.

“Aún se me olvida los dos ramos de naranjas que mandé para la reina, acerca de los cuales se han lanzado tantos epigramas. Estos ramos se cortaron en los fosos de Yelves cuando, el 20 de mayo, fue encerrado el enemigo dentro de la plaza. Llovía el fuego de los flancos sobre los valientes que hicieron este alarde, y con los ramos trajeron, además, algunos prisioneros. Los nuestros no eran más de cinco, del ligero de Barbastro; siento no acertar a acordarme de sus nombres. Quise yo que el rey supiese la bizarría de sus soldados. Por hazañas de esta especie, en tiempos más antiguos, se dio a muchos la nobleza; yo los hice sargentos”.(17)

A la postre, el fruto de aquella guerra peninsular, llamada irónicamente de “Las Naranjas”, resultó bastante ácido. Un solo gajo, el de Olivenza, quedó en beneficio de la corona de España, que perdió el mejor fruto de Trinidad y las grandes extensiones de las Misiones Orientales en la tierras guaraníes del cono sur americano; ninguno quedó en el plato de Godoy, salvo los honores con los que sus reyes quisieron premiarle; otros gajos, con forma de diamantes, los disfrutó con buen sabor el hermano de Napoleón, Luciano Bonaparte. Portugal obtuvo el expolio americano hasta el río Quarai. Los mejores bocados fueron para Francia e Inglaterra, que recuperaron lo respectivamente perdido y aun sacaron beneficios. Pero el amargo jugo de esos frutos se lo bebieron los españoles siete años después, cuando Napoleón destapó el frasco y esparció sobre la maltrecha tierra de su Católica Majestad las últimas hojas secas de aquellas ramas de naranjo cortadas en los fosos de Elvas.

Antonio Ronda Llorca no ascendió a sargento por un acto heroico en los “fosos de Yelves”, porque no estuvo entre los “bizarras soldados del Ligero de Barbastro” cuyos nombres lamentó olvidar Manuel Godoy. Sin embargo, su participación en la Guerra de las Naranjas” y sus años al servicio del Ejército de Carlos IV de Borbón le valieron un ascenso a cabo primero apenas habían transcurrido tres meses y seis días de la firma del Tratado de Badajoz.

El 12-9-1801 se le impuso el galón dorado de cabo primero. Poco le duró este empleo, tres días después (15-9-1801) ascendió a sargento segundo. Ronda Llorca tenía veinticuatro años y la experiencia de haber combatido en una corta y favorable guerra, incruenta para él. Ignoraba los sufrimientos que habría de padecer no muchos años después como resultado de los pactos secretos de aquella forzada contienda peninsular. Tras su acuartelamiento en Madrid y en Santander, ascendiendo a Sargento Primero (15-5-1805), su Unidad fue destinada, entre otros lugares, a La Coruña. Frente a la torre de Hércules y no tan ajeno a lo que se avecinaba en la península, el 15-10-1807 Antonio Ronda se colocaba la charretera en el hombro izquierdo y sobre el derecho la capona dorada, distintivos de su nuevo grado de subteniente, mientras dormitaba su particular *solpor barroco* (18) en el Castillo de San Antón y en el Cuartel de Santo Domingo, en el que se alojaba su regimiento, mirando la Punta Herminia y la ensenada de San Amaro, días antes de que se firmara en Fointainebleau el

tratado que le llevaría a participar en una nueva guerra contra el Ejército Imperial de Napoleón Bonaparte, tal vez mientras recelaba de los hechos y acontecimientos que estaban a punto de provocarla e ignoraba el cambio político y social que esa guerra iba a suponer en la historia de España.

3.- Paredes del verde Prado

Tras los convulsos acontecimientos de Aranjuez, en la madrugada del 2-5-1808, sobre las siete horas, aguardaban en la puerta del Príncipe, en el palacio real, dos coches con los tiros montados de las mulas y percherones. La reina de Etruria partió en uno de los coches sobre las ocho y media por el camino de la Huerta de la Priora y la calle del Tesoro. Poco más tarde llegó un hombre por la calle Nueva de Palacio; se trataba del cerrajero Blas Molina Soriano, quien se acercaba a las caballerizas del rey sobre las nueve de la mañana. El cerrajero era hombre afecto a Fernando VII y confidente del infante don Antonio Pascual. Cuando Molina supo que el segundo coche estaba dispuesto para llevarse al infante Francisco de Paula gritó: *“¡traición!, ¡traición!, ¡Que se nos han llevado al Rey y se nos quieren llevar todas las personas Reales: mueran, mueran los franceses!”*.⁽¹⁹⁾

Desde la ventana del Palacio Real una voz llamó a las armas y sesenta o setenta personas penetraron hasta las habitaciones del infante don Antonio y vieron luego al menor de sus sobrinos, Francisco de Paula, al que vitorearon. El hecho llegó a conocimiento de Murat y la voz corrió por todo Madrid. Murat sacó a la calle a su guardia personal, el Batallón de Granaderos de la Guardia Imperial, y éstos dispararon a la muchedumbre sin previo aviso en la plaza de la Armería.

A partir de ese momento la lucha se extendió por las calles y plazas de Madrid. La plazuela de Matute, plaza de la Cebada, calles de Toledo, Príncipe, Fuencarral, de Santiago, de Jacometrezo, Leganitos, del Olivo, Bordadores, en la Cava Baja, Alcalá, Preciados, Montera, del Avemaría, Puerta Cerrada, de las Aguas, Carretas, de la Inquisición, de la Almudena, Panaderos, San Bernardino, del Rosario, del Arenal, San Jerónimo, en la Ancha de San Bernardo, puerta de Toledo, en la calle del Humilladero frente a la del Viento o en las plazuelas del Calengue y del Ángel. A tiros, con arma blanca, con macetas, desde el suelo, desde los andamios o desde los balcones, tras las puertas, a cuerpo descubierto o mediante celada se combatió a los soldados franceses y polacos y a los fieros mamelucos del Ejército Imperial. En casi todos los barrios hubo muertos o heridos. Allí quedaron valencianos de Crevillente (Francisco Planillas León, muerto en la calle del Tesoro), de Jijona (José Cremades y García de Aduín, capellán titular del Real monasterio y capilla de las religiosas Franciscanas Descalzas), de Ollería (el dependiente de Resguardo del de Recoletos, Francisco Requena y Mingoli). En la Puerta del Sol se combatió durante dos horas hasta que la metralla de los cañones franceses acabó con la revuelta. De las calles y plazas pasó la resistencia a la vieja casa que la familia Hernán Cortés tenía en Madrid, convertida en

cuartel de artillería con el nombre de Parque de Monteleón. Tres horas duró su defensa y dos veces fueron rechazados los ataques franceses. Un tercer ataque, mermada considerablemente la resistencia de los hombres que defendían el acuartelamiento, obligó a rendirse a los pocos artilleros y paisanos sobrevivientes, entre los que se hallaba herido el soldado de treinta y tres años, de la primera compañía del tercer batallón, José Portalés Sánchez, natural de San Mateo (murió en el hospital el día 18 de mayo) y el soldado de Voluntarios del Estado, de treinta años, natural de Aldaya, Nicolás García Andrés. A las dos de la tarde depusieron las armas ante las tropas del general Lefranc frente a la calle de San Pedro, mientras rodeaban el cuerpo inerte del capitán Velarde y del moribundo capitán Daoíz, herido a bayonetazos.

En la parroquia de Santiago se realizaban obras esa mañana del 2 de mayo. Un grupo de albañiles hostilizaron a los franceses desde los andamios. Los albañiles fueron detenidos y encerrados en la propia iglesia. La noche de 3 de mayo, el día en que los cristianos conmemoran la Instauración de la Santa Cruz, fueron llevados con otros hombres a la Montaña del Príncipe Pío. Uno de ellos se arrodilló y extendió sus brazos, como un crucificado, frente al pelotón de ejecución. Su imagen se convirtió en el símbolo del sacrificio de los españoles, que Goya immortalizó en un lienzo iluminado por un candil depositado sobre el suelo regado de sangre, a los pies de los soldados franceses que pretendían construir una nueva sociedad a la luz de los ideales de la revolución francesa y con la argamasa compuesta de sangre y pólvora. Lejos estaba el soberbio emperador de Francia de sospechar que aquel levantamiento del 2 de mayo madrileño y su cruel represión terminarían con sus sueños de dominio peninsular y de Ultramar y le arrastrarían a la ruina. Esa cruel represión fue recordada durante años en las publicaciones de la “Cachucha madrileña”: *“Paredes del verde Prado/ Murallas del Buen Retiro/ ¡Cuántas almas inocentes/ Murieron en vuestro sitio!”*⁽²⁰⁾

4.- Un alteano en la Guerra de la Independencia

Una placa conmemora en el viejo Oviedo el alzamiento asturiano del 9-5-1808. Tal vez sea éste un gesto menos conocido que la rebelión madrileña acontecida siete días antes. Pero lo cierto es que el hecho asturiano, con su comisión delegada a Inglaterra con Toreno y Vega, supuso la mejor alianza contra Napoleón. Los británicos olvidaron su “Designio Occidental” y vieron en el ofrecimiento asturiano una oportunidad como nunca antes habían tenido en Europa para combatir a Francia, hasta el extremo que el Duque de Clarence le escribió estas palabras al almirante Keats (7-9-1808): *“Confío en Dios que veré la fuerza militar que Francia siempre ha mantenido desde los tiempos de Luis XIV por fin aplastada, y que felizmente Europa gozará de tranquilidad; antes que pueda venir la paz, hay que reducir la Francia”*.⁽²¹⁾

El ofrecimiento asturiano a una alianza con los británicos sacó de su aislamiento continental a Inglaterra desde que se metió en la aventura de la “Guerra de los Siete Años”,

que tanta desgracia le ocasionó. En palabras de Charles Esdaile, *“por decirlo brevemente, no fue Inglaterra quien rescató a España en 1808, sino España quien rescato a Inglaterra”*.⁽²²⁾

La noticia del alzamiento madrileño llegó a la Coruña por boca de un estudiante llamado Francisco Martínez, el mismo día que el Regimiento de Navarra de Infantería de Línea se mudó al Ferrol. El día 30 de mayo, fecha de la onomástica de Fernando VII, el citado estudiante y el guarnicionero Sinfiriano López arengaron a los coruñeses que se hallaban en la plaza del Palacio. El gentío se dirigió a la Capitanía General demandando que se izara la bandera española y exigiendo que regresara desde El Ferrol el Regimiento de Infantería de Línea de Navarra. Lejos de apaciguar los ánimos, Antonio Filangeri, Capitán General de Galicia, se ocultó en el convento de Santo Domingo y su segundo, el mariscal de campo Antonio Alcedo, decidió aliarse con el pueblo y organizar esa misma tarde la Junta de Defensa y Armamento del Reino de Galicia. El 30 de mayo regresó Ronda del Ferrol a La Coruña y al siguiente día se constituyó finalmente la Junta Suprema Gubernativa, integrada por cuarenta y seis miembros (3 comerciantes, 11 militares, 9 miembros del clero, 6 municipales, 11 miembros de la Audiencia y otras 6 personas, en su mayoría provenientes del estamento nobiliario), entre los que se hallaban algunas de las autoridades disconformes con los franceses.

La Junta organizó el llamado Ejército de Galicia, a cuyo mando puso al general Joaquín Blake. Antonio Ronda Llorca era uno de los ciento treinta y cinco subtenientes que formaban parte de la Segunda División comandada por Rafael Martinengo. A sus órdenes, Antonio Ronda partió por las montañas leonesas a una incierta, larga y sangrienta guerra que transformó la sociedad española y convirtió a sus gentes en ciudadanos que asumieron el protagonismo de la historia venidera de nuestra Nación.

En Medina de Ríoseco (14-7-1808) y en las acciones Durango y Zornosa (31-10-1808), Valmaseda (5-11-1808) y en la crucial batalla de Espinosa de los Monteros (10-11-1809) Antonio Ronda cruzó fuego con los imperiales. En los campos de Espinosa le abrieron las carnes.⁽²³⁾ Derrotado y herido fue llevado a Santander al Hospital de San Rafael o al de Santa Clara para ser curado. Allí fue hecho prisionero por los franceses. De camino a Francia, se fugó en Bilbao.⁽²⁴⁾

El desastre del Ejército de la Izquierda en Espinosa de los Monteros supuso la quiebra de los ejércitos de Galicia y de Castilla, la desmembración de un buen número de los regimientos que allí combatieron, la muerte o prisión de gran parte de sus tropas y su oficialidad y la dispersión de quienes lograron salvarse o evadirse. A Espinosa de los Monteros le siguió la debacle del Ejército del Centro en Gamonal y Tudela. Los restos del Ejército de Extremadura se replegaron hacia Badajoz y los del de Andalucía por Calatayud y Sigüenza hasta Cuenca. Quedó así abierto el camino de Napoleón hacia Madrid y Sevilla.

Pese a casi todos los fracasos en los campos abiertos de batalla durante los cuatro primeros años de la Guerra de la Independencia, el Ejército español tuvo la habilidad de recomponer sus unidades constantemente. En esa imprescindible tarea fue esencial la labor

de organización de las Juntas provinciales y locales, la disciplina de los soldados veteranos dispersos y el notable esfuerzo de la recluta. Antonio Ronda participó en esa tarea.

Una de esas nuevas unidades militares, nacidas al calor del fuego de la guerra, fue el Batallón de Voluntarios de Burgos de Infantería Ligera. El Batallón de Voluntarios de Burgos había marchado a Murcia antes de la incorporación de Ronda. La causa de ese desplazamiento no fue otra que los sucesivos desastres en el centro peninsular. Tras la victoria de los imperiales en Ocaña y con la finalidad de invadir Andalucía por Despeñaperros y tomar Sevilla (capital política de la Junta Central), el mariscal Soult había concentrado el Primer, Cuarto y Quinto cuerpo del ejército imperial sobre la estepa manchega con más de sesenta mil hombres. El Batallón de Voluntarios de Burgos de Infantería Ligera se hallaba entonces en Valencia porque el viejo reino era suelo ocupado por las tropas españolas tras la fallida tentativa francesa de 1808. Es muy probable que Ronda Llorca estuviere allí en el momento de incorporarse, junto a los suyos. De Valencia se desplazó el Batallón de Voluntarios de Burgos a la Sierra de Segura en el mes de julio de 1810. La unidad se hallaba encuadrada en la Primera División del reorganizado Tercer Ejército o Ejército del Centro con sede en Murcia. El 1-3-1810 Antonio Ronda aparece amalgamado al citado Batallón, bajo el mando del Coronel Francisco Gómez de Maceda.

En su nuevo destino combatió en Segura (21-1-1811) y Siles (24-1-1811). Tras dicha acción, Antonio Ronda Llorca ascendió a la graduación de teniente de infantería y sobre sus hombros se invirtieron los distintivos de su nuevo empleo, la capona dorada sobre el hombro derecho y la charretera dorada en el izquierdo (23-4-1811). A poco de obtenido su ascenso, a Ronda Llorca le esperaban las acciones de Úbeda (12 y 15-5-1811), Baeza (13-7-1811), la ocupación de Cuenca (15-10-1811) y los campos de Puzol y las dolorosas batallas de Sagunto (Murviedro, 25-10-1811) y Quarte (26-12-1811).(25)

Los desastres de Murviedro y Quarte redujeron el Batallón de Burgos a la nada. Ronda Llorca y el resto de fugitivos de Quarte buscaron el cobijo de las tierras de Alicante y retrocedieron al interior, hasta Alcoy. Llegaron allí el 16-1-1812 y los restos del batallón fueron absorbidos en mayo de 1812 por el Regimiento de Infantería Ligera de Cazadores de Vélez-Málaga.

Con su nuevo Regimiento tomó el Castillo de Consuegra (22-9-1812). De regreso a tierras alicantinas, con ocasión de la batalla de Castalla, el regimiento fue destinado a defender la ciudad de Villena. Cercado y sin socorro, el Regimiento Vélez Málaga se encerró en el castillo y acabó rindiéndose a las tropas imperiales (11 a 13-4-1813). Ronda Llorca y sus compañeros de armas fueron conducidos hasta Francia e internados en campos de prisioneros. La legislación francesa del periodo napoleónico era la más avanzada en el reconocimiento de derechos a los prisioneros de guerra, con trato deferente a la oficialidad. Aprovechando el “relajado” régimen penitenciario que beneficiaba los movimientos de Antonio Ronda, éste emprendió una épica huida que lo condujo a

Inglaterra, atravesando Suiza, Alemania y Holanda. En puerto aliado, el Consulado español encargado de refugiados y prisioneros huidos, lo embarcó en el puerto de Plymouth con destino a Bilbao. A su llegada a suelo peninsular se le destinó como teniente del Batallón Ligero de Barbastro en el que estuvo hasta que solicitó su retiro en armas. La Guerra de la Independencia ya había terminado.⁽²⁶⁾

5.- La villa de Altea durante la Guerra de la Independencia (apuntes)

La noticia de la rebelión madrileña y la resistencia de las Juntas provinciales, llegó pronto a la pequeña y apacible villa de Altea. Tras ello, llegaron los bandos de la Junta Suprema que pretendían evitar desórdenes en las ciudades y villas y proteger a los ciudadanos franceses de los maltratos del pueblo, que finalmente fueron conducidos a la Casa de la Misericordia, en Alicante.

A las ocho horas del 9-6-1808 ingresaron en la mencionada institución cuatro ciudadanos franceses residentes o en tránsito en Altea: Pedro Moncau, afincado en Altea, Pedro Novales, Juan José Hourcades y Pedro Cardot.⁽²⁷⁾

Hourcades resultó un preso conflictivo. Debió fugarse porque el 12 de junio el Juez de Salinas de Torreveja dictó orden de su traslado al Castillo de Alicante. A la capital fue conducido el día 16 de junio e incomunicado en la Casa de la Misericordia el 23 de dicho mes. Se fugó el 11 de septiembre, huyendo embarcado.⁽²⁸⁾

Los presos fueron custodiados por hombres de Milicias de Avila y Alicante, a quienes se les prohibió trato o roce personal con los ingresados y especialmente se les vedó sacar o introducir cualquier género de escritos y el suministro de papel, pluma o tinta, aunque sí permitieron que procuradores y letrados accedieran al recinto para asistir a los franceses en sus negocios personales.

El 11-9-1809 la Junta de Gobierno de la Ciudad de Alicante acordó el traslado a Francia de los franceses libertados. Fueron embarcados en el buque "Tomás Galiana", con matrícula de Villajoyosa. Unos volvieron a Francia, otros se refugiaron en Gibraltar.⁽²⁹⁾

Rendida Valencia al mariscal Suchet, las tropas imperiales se extendieron por todo el viejo reino. En enero de 1812 fueron ocupadas las localidades de La Marina. El estado de fuerza imperial sitúa en Altea, el 1 de marzo, 746 hombres del Regimiento nº 117 de Infantería de Línea francesa. Un mes después el número de efectivos ocupantes era de 1535, más un destacamento de 63 hombres del regimiento nº 16. Y aun se elevó a comienzos de mayo, destacando en junio 22 hombres a Villajoyosa.⁽³⁰⁾

Finalmente fueron reemplazados el 1-6-1812 por los 1.126 hombres de la 3ª División Habert, con el Regimiento nº 1 de Infantería Ligera, que posteriormente combatió en Castalla.

Denia y Gandía concentraba los estados mayores de tropas imperiales en la zona, de modo que precisaban de abundante alimentación. El 25-6-1812 pasaron por Pedreguer 300 soldados custodiando ganado desde Altea con destino a Gandía.⁽³¹⁾

No duró un año la ocupación de Altea por los soldados de Napoleón. La liberación de la localidad se produjo por las tropas anglo-españolas. En Agosto de 1812 se liberó Benidorm y posteriormente Altea y Villajoyosa. El mes de noviembre toda la zona, excepto Denia, estaba en manos aliadas. La caída de Vitoria en junio de 1813 obligó a Suchet a evacuar el reino de Valencia.

6.- La conspiración de Ronda

El 20 de abril de 1817 un nuevo destino acercó Antonio Ronda Llorca a tierra valenciana. El 27 de septiembre siguiente llegó al Estado Mayor de la Plaza militar de Valencia, en cuya capital ascendió al empleo de Capitán Graduado (19-2-1818), con un sueldo de 300 reales mensuales y *“con la circunstancia de quedar nula esta gracia si volviese al servicio del ejército”*.⁽³²⁾

El *“Manifiesto de los Persas”* le había devuelto el poder absoluto al ruin Fernando VII (1814). Cinco años más tarde, algunos de los héroes que habían resistido a los franceses durante el primer sitio de la ciudad por Moncey (junio de 1808), hicieron proclamas, levantamientos e intentonas liberales en Valencia. El joven Bertrán de Lis, el coronel Joaquín Vidal y Diego M^a. Calatrava participaron en el pronunciamiento del 1-1-1819 en Valencia. Francisco Javier Elío, Capitán General de Valencia, las reprimió con saña. Antonio Ronda Llorca, que había combatido bajo las órdenes de Elío en las campañas del Sureste y estaba destinado en el Estado Mayor de Valencia, fue nombrado Fiscal en los Consejos de Guerra contra los sublevados. En la calificación de las acusaciones solicitó pena de muerte contra los imputados, finalmente condenados y ejecutados.⁽³³⁾

El 1-1-1820 se pronunció Riego en Alcázar de San Juan y el 21 de febrero la ciudad de La Coruña proclamó vigente, de nuevo, la Constitución de 1812, y a su proclama se sumaron otras ciudades españolas. Fernando VII perjuró la constitución liberal. El 10-3-1820 recibió Francisco J. Elío la notificación del juramento real e intentó dirigir, a favor de sus intereses, un movimiento popular. Percibidas las masas de las intenciones de Elío, fue destituido y sustituido por el Conde de Almodóvar. Encerrando Elío en la Ciudadela (3-3-1820), bajo la custodia de los artilleros, nunca dejó de intrigar contra los liberales, con el apoyo de Fernando VII. El enlace de Elío con Fernando VII fue el capitán alteano Antonio Ronda Llorca, como ha revelado el archivo secreto del rey felón.⁽³⁴⁾

Lo cierto es que esa conspiración de Elío, con la colaboración de Antonio Ronda Llorca, fue abortada por las tropas de la Milicia Nacional, lo que conllevó la activación del proceso contra aquel. Elío acabó subiendo al cadalso en septiembre de 1822 para ser agarrado en lo que hoy son los jardines del Real (los Viveros de Valencia), en el lugar conocido popularmente como la *“montañeta de Elío”*.

De modo que a la actividad militar de Ronda Llorca hay que sumar, en 1822, la de

conspirador contra el sistema constitucional del llamado “trienio liberal”, al extremo que, en palabras del capitán Clemente Alberola, el capitán Antonio Ronda Llorca “*trabajó intensamente*” por la sublevación de los artilleros de la ciudadela de Valencia.⁽³⁵⁾

Cuando Ronda Llorca se percató que su vida se hallaba en peligro, huyó a Bocairente,⁽³⁶⁾ sin que nada sepamos de él hasta el 23-3-1823. Ese día se reincorporó al servicio activo de las armas en las filas realistas, en las que fue admitido por el General Rafael Sempere, destinándosele al Batallón de Defensores del Rey, con clase de Primer Ayudante. ⁽³⁷⁾

El 3-4-1823 Antonio Ronda Llorca era Comandante y el 15 de mayo ascendió a Teniente Coronel Mayor. Así aparece el primero de septiembre en el estado de fuerza del Regimiento de Defensores del Rey, en la Plana Mayor, en Madrid. El 1 de octubre siguiente pasó a mandar el Batallón de la Reina, con intervenciones armadas en las acciones de Almenara, Gloriosa de Nules, en ambos sitios de Valencia, en Segorbe, en todo el sitio de Alicante, hasta su capitulación el 8 de noviembre por el Gobernador D. Joaquín de Pablo y Chapalangarra; mandó el puesto de Monforte, y luchó en las acciones de Villajoyosa, San Vicente y Barranco de las Ovejas.⁽³⁸⁾

Dependiendo del Batallón de Infantería Reina María Amalia, pasó al Regimiento de Infantería de Línea Número 9 el primero de mayo de 1825, “*a que fue amalgamado aquél por Real Orden de 3 de marzo del mismo año*”.⁽³⁹⁾

En 1825 se abrió una información con ocasión de una solicitud presentada por Antonio Ronda Llorca acerca sus contactos con el Comandante de Artillería Joaquín Cramens. En ese expediente informativo compareció (30-3-1825) el Capitán Clemente Palmerola ante el Fiscal Militar de Valencia. Palmerola depuso acerca de la pertenencia del ya Coronel Antonio Ronda Llorca. El citado capitán declaró no sólo conocer a Ronda Llorca antes del 7-3-1823, sino que añadió “*que conoce su firme adición al Altar y declara que en abril de 1822 tenía el dicho Ronda relación con la Junta Secreta establecida en la Villa y Corte de Madrid y le encargó ésta que a toda costa procurase la libertad del Excmo. Sr. Capitán General del Reino D. Javier Elio, con quien tanto relacionase sobre el particular, constándole al que declara que el dicho Ronda trabajó incesantemente para llevar a cabo el fin que le había sido propuesto y que para ello estuvo (sic) de acuerdo con el declarante, el Comandante de Artillería D. Joaquín Cramens, el Sumiller de S.M. D. José María Dupajol y D. Bernardo Germán Monge Bernardo, y previendo que los acontecimientos del 30 de mayo del mismo fueran encarcelados los referidos, habiéndose fugado Ronda y el declarante...*”.⁽⁴⁰⁾

8.- Purificado y fiel

Pese a la acreditada fidelidad que Antonio Ronda Llorca le profesaba a Fernando VII, le cursó una instancia en la que solicitaba su purificación, recordándole los servicios prestados

“por comisión especial” en la correspondencia con Elío. Pese a ello, por Real Orden de 10-8-1826 se le abrió a Antonio Ronda un Expediente de Purificación, junto al Brigadier D. Torcuato Trujillo Chacón y otros cuatro Coroneles de Infantería (Illier, Torralves, Marqués de Feria y Ruiz del Río, los dos últimos retirados), así como dos Tenientes Coroneles (Riera Quiñones y La Sierra, en igual situación de retiro). Las purificaciones fueron aprobadas en Consejo ordinario de 23 de agosto de 1826, previa deposición por escrito a ocho preguntas ciertamente inquisitoriales y delatorias, que indagaban sobre: 1.- Empleo y destino el 1 de enero de 1820 (fecha del Levantamiento de Riego); 2.- Lugar y regimiento al que pertenecía; 3.- Sitio y día de juramento a la Constitución de 1812 y de qué orden y por qué; 4.- Ascensos, mandos o comisiones, así militares como civiles, desde el 31 de diciembre de 1823; 5.- Pertenencia a sectas o sociedades reprobadas de “Masones o Comuneros”, o Milicia Nacional, batallones sagrados, orador de sociedades patrióticas, etc.; 6.- Guerra contra las tropas realistas y clase, cuerpo o provincia; 7.- Pertenencia a Consejo de Guerra contra los realistas y sitio y causa en que hubiere intervenido como juez o fiscal, con expresión de los que condenaron y a qué pena y quiénes componían el consejo; 8.- Tiempo y modo en que volvió a reconocer la autoridad soberana, presentándose al “Gobierno Legítimo”. A tan extenso interrogatorio contestó Antonio Ronda negando su juramento a la Constitución y otros extremos y fijando su ingreso en las filas del ejército realista el citado 23 de marzo de 1823.⁽⁴¹⁾

Cinco años más tarde, Antonio Ronda Llorca solicitó al Rey Fernando VII (24/01/1828) que le fuera concedido el Escudo de Fidelidad. La distinción era considerada, entonces, como una de las más altas condecoraciones de la época absolutista. Ronda Llorca la solicitó al hallarse en los supuestos legales por su presentación en las filas realistas en la tercera época. La gracia solicitada la obtuvo por Real Orden de 04/05/1828.⁽⁴²⁾

8.- Gobernador Político Militar de Morella

El “expediente de purificación realista” debió ser, en el caso de Antonio Ronda, un puro trámite, porque es lo cierto que la Real Orden de 4 de marzo de 1825, el Rey Fernando VII le confirió al coronel alteano el Gobierno Militar y Político de Morella, que “*ha resultado vacante por el retiro de cuartel que ha obtenido el brigadier D. Rafael Pascual, que lo servía*”. Pascual había solicitado su retiro a causa de “*su quebrantada salud y a serle muy perjudicial aquel clima, según lo acreditan las certificaciones de los facultativos que se acompañan*”.⁽⁴³⁾ La participación de Ronda Llorca en las conspiraciones para liberar al general Elío y la confianza del general Rafael Sempere permiten suponer que la prebenda del cargo de Gobernador no fue sino una recompensa a sus “padecimientos grandes” por la causa realista. En cualquier caso, lo bien cierto es que el Conde de Montegrande, Secretario del Ministerio de Estado para el Despacho de la Guerra, firmó su nombramiento el 7-3-1825.⁽⁴⁴⁾

9.- No hay dos sin tres, matrimonios, y alguna sombra

Nombrado Gobernador, no tardó Ronda Llorca en emparentar con la nobleza, y no pocas veces. En tres ocasiones contrajo nupcias. La primera fue el 7-3-1826, por poderes y en la Iglesia de Santa Catalina Mártir, de Valencia, con María de la Encarnación, Ignacia Ramona Lina Pelegrina María del Campanar Sousa de Sampayo Castro y Deona (hija del Barón de Barcheta, bautizada en la Parroquia de Santa Cruz, en Valencia, el 26-3-1808), con quien tuvo un hijo al que llamó Antonio de Padua María Vicente Ignacio Ramón Ronda Sousa de Sampayo. En segundas nupcias, en diciembre de 1829, con Teresa Mestre Figuerola Borrás y Clavería (sobrina de Carlos Figuerola y Clavería, Arcipreste de la Iglesia Colegiata de Morella y Provisor Vicario General y Oficial del Obispado de Tortosa). La novia había nacido y fue bautizada en Reus el 2-12-1802, en la Parroquia de San Pedro. Y, finalmente, el 11-12-1831, con María de los Desamparados Martínez Sanahuja Rodrigo y Brotons, que le sobrevivió y con quien tuvo una hija que fue bautizada con el nombre de Desamparados Juana Vicenta Ronda Martínez Sanahuja.⁽⁴⁵⁾

Un informe dado en Madrid, el 6-10-1832, vino a ensombrecer la carrera militar del militar alteano. El dictamen ponía en duda su graduación de coronel, con ocasión de los informes solicitados por “soberana resolución” en averiguación de “ciertos excesos de que es acusado”.⁽⁴⁶⁾ Nada consta en su expediente respecto a esos “ciertos excesos” ni obra resolución que afirme que su graduación no fuere la que él alegaba y sostenía o que le sancionara por alguna causa. Es probable que no hubiere tiempo a ello, porque el 15 de enero de 1833, a la edad de 56 años, sin haber otorgado testamento y habiendo recibido los sacramentos de la penitencia y extremaunción, murió de un “pronto”. Se le dio sepultura eclesiástica “con entierro generalísimo” en el cementerio de Morella dos días después del óbito y precedido del funeral celebrado, con la pompa y ostentación que correspondía a su ilustre cargo, en la Iglesia castrense de San Miguel Arcángel adscrita al Obispado de Tortosa, según reza el folio 4º del Quinqui Libri Castrense, firmado por Ramón Cardona, cura de ese estamento. Allí yace en unión de sus dos primeras esposas.

“En la Iglesia Castrense de S. Miguel Arcángel de la villa de Morella del Obispado de Tortosa á los diez y seis días del mes de Enero del año de mil ochocientos treinta y tres: Yo el ynfra escrito Cura Castrense de ella di sepultura eclesiastica con entierro generalisimo en el cementerio de la misma al cadáver de Dn. Antonio Ronda Coronel de Infantería, Gobernador Militar y Político de la presente villa de Morella, natural de la villa de Altea, Reyno de Valencia, hijo legítimo y natural de Dn. Jose Ronda, natural y vecino de dicha villa de Altea y de Dña. Josefa Llorca, natural de la villa de Benidorm, causante en terceras nupcias de Dña. Maria de los Desamparados Martinez, natural de Valencia...”.⁽⁴⁷⁾

Notas

- (1) *Carta Poble de Altea*. Josep Lanuza, Altea 1988, prólogo de Pere M^a. Orts;
- (2) Archivo Parroquial de Altea, Quinque Libri;
- (3) Archivo Militar de Segovia. (A.M.S.) Expt. 2980;
- (4) Archivo General de Simancas. (A.G.S.) Secc. E^o, leg. 7298;
- (5) A.M.S. Expt. cit.;
- (6) *Ibidem*;
- (7) Emilio La Parra López, Enrique Rúsputi, Luis A. Límbo Piriz, Eduardo Sánchez Aznar;
- (8) John Lawrence Tone, "El pueblo de las guerrillas" en *La Guerra de la Independencia en la cultura española, Siglo XXI*, 2008;
- (9) Luis A. Limpo Piriz, "Manuel Godoy, La Guerra de las Naranjas y los Tratados de Badajoz";
- (10) Manuel Godoy, "Memorias críticas y apologéticas para la historia del reinado del señor D. Carlos IV de Borbón". Estudio preliminar y edición de Enrique Rúsputi;
- (11) *Ibidem*;
- (12) A.M.S. Expt. 2980;
- (13) M. Godoy, opus cit.;
- (14) *Ibidem*;
- (15) *Ibidem*;
- (16) *Ibidem*;
- (17) *Ibidem*;
- (18) Frase de Otero Pelayo;
- (19) Pérez de Guzmán y Gallo, "El 2 de Mayo" Madrid 1908 (reedición Maxtor, 2008);
- (20) *Ibidem*;
- (21) Charles Esdaile, "España al rescate. El impacto del alzamiento español en Gran Bretaña" en *La Historia 200 años después*. Junta General del Principado de Asturias, 2009;
- (22) *Ibidem*;
- (23) A.M.S. Expt. 2980;
- (24) *Ibidem*;
- (25) *Ibidem*;
- (26) *Ibidem*;
- (27) Vicente Martínez Morella, "La Junta de Gobierno de la Ciudad de Alicante durante la Guerra de la Independencia". Comisión Provincial de Monumentos Históricos y Artísticos, Alicante 1959;
- (28) *Ibidem*;
- (29) *Ibidem*;
- (30) J.J. Sañudo, Bases de datos sobre unidades militares de la Guerra de la Independencia española. Ministerio de Defensa, 2007;
- (31) Gerardo Muñoz Lorente, *La Guerra de la Independencia en la provincia de Alicante*. ECU, 2008;
- (32) A.M.S. Expt. 2980;
- (33) Encarna y Carmen García Monerris, *La Nación secuestrada. Francisco Javier Elío. Correspondencia y Manifiesto*. Universitat de Valencia, 2008;
- (34) A.M.S. Expt. 2980;
- (35-47) *Ibidem*;